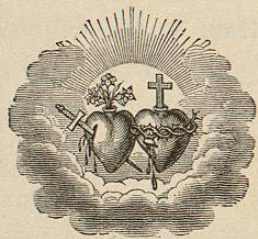


y plegue á Dios no lo sean también, andando el tiempo, para la salvación de nuestras almas.

No permita Dios que halle albergue en esta santa casa el pecado, siquiera sea leve, porque su Majestad habita en ella (1). Mas si por fragilidad propia de la naturaleza (2), cometéis alguna falta, no perdáis la paz del corazón; venid, entrad en esta capilla, que es como la sala de recibo de Jesús, postraos á sus plantas benditísimas, y humildes y confiadas, decidle de lo íntimo del corazón: «Jesús mío amorosísimo, dulcísimo Esposo de mi alma, perdonadme; desde » hoy quiero serviros con vuestra ayuda, no como esclava » por temor, ni como mercenaria por la recompensa, sino » como esposa fidelísima, pues las esposas sirven por amor; » para que después de haberos servido fielmente en la tierra, » merezca y merezcamos todos gozaros eternamente en el » cielo.»

(1) Génes., XXVIII, 17.

(2) Psalm. CII, 14; Génes., VIII, 21.



DE LA TIBIEZA



DE LA TIBIEZA



UALQUIERA que conserve en su corazón una centella de fe y á la luz de esta antorcha divina examine detenidamente la excelencia, las utilidades y ventajas espirituales, y aun temporales, que facilita la vida religiosa, no podrá menos de confesar que esta vida venturosa y apacible satisface maravillosamente todos los deseos lícitos del corazón y todos los anhelos del alma, compatibles con la humana naturaleza; y al columbrar la paz y tranquilidad en que vive el religioso en medio de las miserias y amarguras de este destierro, veráse forzado á exclamar: «¡Bienaventurada el alma que, correspondiendo á la gracia de la vocación, logra gustar los encantos de la vida religiosa y saborear la dulcedumbre que encierra el servicio divino!» (1), porque bien puede asegurar que ha logrado sorprender el secreto de la verdadera felicidad, viviendo estrechamente unida con Dios, principio, fuente y manantial inagotable de amor (2).

(1) Psal. XXXIII, 9; Psal. LXXXIII, 5; Psal. LXXXIII, 11.

(2) Deut., IV, 24; Psal. XXXV, 10; Jerem., II, 13; Hebræ., XII, 29; I. Joann., IV, 8.

Pero advertid, hermanas mías, que no acontece esto á todos los religiosos por el mero hecho de abandonar el siglo, vestir un hábito y consagrarse al servicio divino. Así debiera ser, pero desgraciadamente no suele suceder así. En todos los Institutos y Congregaciones religiosas, dice San Bernardo, á pesar de vestir todos sus miembros el mismo hábito, de hacer los mismos votos y de vivir sometidos á la dirección de una misma Regla, existen dos clases de religiosos: unos fervorosos y otros tibios. Unos, solícitos en corresponder á su vocación, adelantan visiblemente en el camino del espíritu y son la honra de la Religión que profesan. Otros, perezosos é indolentes, se contentan con la observancia exterior de su Regla y practican los actos de piedad y devoción con frialdad é indiferencia; éstos no viven vida de espíritu; se ciñen á no cometer pecado mortal y arrastran una vida triste y congojosa, y con ello ni contentan á Dios, ni al mundo, ni á sí mismos. Los primeros son verdaderos religiosos, religiosos de buen espíritu, y son bendecidos de Dios, como hijos muy queridos (1). Los segundos son religiosos tibios é indevotos que, sobre no hacer cosa de provecho, sirven de escándalo y tropiezo á sus hermanos y son la burla y el descrédito de la Religión á que pertenecen.

De estos últimos quiero hablaros hoy. Plegue á Dios que lo haga con acierto, para que procuréis y procuremos todos evitar á toda costa, con la gracia divina, esa enfermedad espiritual casi incurable, llamada tibieza.

Comencemos trazando el proceso de esta perniciosa enfermedad, que á tantas almas logra contagiar. La tibieza supone naturalmente que el alma devota ha llegado á cierto

(1) Psal. CXLVII, 13; Rom., VIII, 14-16; II. Corinth., VI, 18; Galat., III, 26.

grado de fervor en el camino de la perfección, del cual ha bajado luego por cobardía, por respetos humanos ó por hastío ó cansancio. Y á la verdad: el alma religiosa, devota y ejemplar en un principio, alegre y feliz mientras ha permanecido fiel á las promesas que hizo á Dios en su profesión, cansada de luchar con sus pasiones y cediendo á las sugerencias de los apetitos depravados, va decayendo paulatinamente de su primitivo fervor; insensible á las inspiraciones de la gracia, empieza por omitir, sin pena ni remordimiento y por livianos motivos, los ejercicios y prácticas espirituales, como son la oración y meditación, la lectura de libros devotos, las obras de mortificación y penitencia, etc.; y si no los deja desde el principio, á lo menos los disminuye y cercena, ó se entretiene en ellos con decaimiento de ánimo, más por costumbre ó por miras humanas, que por deseo de aprovechar. Los exámenes de conciencia, que antes hacía con mucha compunción, ó los omite, ó los hace superficialmente y sin enmienda. A los Sacramentos se acerca de mala gana y los recibe sin preparación y sin fruto. No piensa sino en sí misma, en sus comodidades y en lo que puede lisonjear su amor propio; suele andar triste y desmoralada, y para aliviar y entretener su corazón, busca la compañía y conversación de las menos observantes. Lo que en tiempo de fervor la parecía esencial, ya no lo mira sino como vano escrúpulo; las omisiones que antes la causaban vivo remordimiento, ahora las cree faltas leves; esfuérase en vivir en paz consigo misma, y no puede lograrlo enteramente. Es verdad que no se atreve á volver la espalda á su fidelísimo Esposo Jesús (1), cometiendo el pecado grave, pero no repara en afligirle con pecados leves plenamente voluntarios, con mentiras, murmuraciones, envidias, actos de impaciencia, de vanidad, de aversión y des-

(1) Deut., XXXII, 4; Psal. CXLIV, 13; I. Corinth., I, 9; I. Corinth., X, 13; I. Joann., I, 9.

precio de las que ve más fervorosas; con deseos de ser preferida, alabada y obsequiada de las personas con quien trata; en fin, con el espíritu del siglo inoculado en su corazón de tal suerte, que sin ella advertirlo, va pregonando con su proceder que no merece llevar hábito religioso, porque carece de espíritu, y es que ha caído en la tibieza. ¡Desgraciada!

Consecuencias. Pues bien: desde el momento en que estas almas se resuelven á cometer y multiplicar sin remordimiento faltas leves voluntarias; desde que se contentan con observar aquellas obligaciones, aquellos preceptos de que no pueden prescindir sin culpa grave; desde que se empeñan en no querer llevar una vida más fervorosa, más recogida y exacta, como exige su profesión, desde ese momento renuncian al deseo de su santificación y desprecian atolondradas el precepto de Jesucristo que las obliga á ser perfectas, esto es, á trabajar para conseguirlo (1). Y ¿sabéis las funestísimas consecuencias que se siguen de esta malhadada disposición de ánimo?... No osaría exponerlas á vuestra consideración, si no fuera porque abrigó el convencimiento de que os han de servir de saludable lección para evitarlas.

1.^a Decidme: ¿qué provecho espiritual pueden sacar estas almas tibias de tantas confesiones como hacen y de tan frecuentes comuniones como reciben?... ¿Sabéis con qué disposiciones suelen acercarse al santo tribunal de la Penitencia? Confesarse para estas almas desdichadas, no es proponerse una mudanza saludable en sus costumbres; es, cuando mucho, seguir una práctica devota, repetir un ejercicio piadoso muy recomendado por los Santos y maestros de espíritu; y como no pueden prescindir de ello sin ser notadas, se confiesan, pero sin preparación y sin examen, porque tienen horror á sus conciencias, y recitando por mera fórmula el

(1) Matth., V, 48; II. Timoth., III, 17; Jacob., I, 4; II. Petr., I, 10; Apocal., XXII, 11.

acto de contrición, comparecen ante el ministro de Jesucristo, no para arrepentirse de su tibieza con lágrimas del corazón, sino para entretener al confesor con la fría relación de algunas faltas ligeras, que suelen ser siempre las mismas, y nunca se las perdonan, porque nunca las detestan como deben, y muestran con ello que es más fácil pasar del crimen á la virtud, que de la tibieza á la verdadera penitencia; y suben las gradas del altar para recibir en sus pechos el Santísimo Cuerpo de Cristo, y comulgan, pero sin preparación y sin fruto, y se separan del altar tan frías y tan insensibles como se acercaron á él. Verdad es que estas almas no quedan nunca satisfechas de sus confesiones, pero tampoco atinan á descubrir qué las falta para buenas; parécelas siempre que se han dejado por decir algo que deberían haber dicho, y lo mismo las acontece con las comuniones, y con los exámenes de conciencia, y con la oración mental... ¡ay!, hermanas mías, precisamente uno de los actos más insoportables para estas almas infortunadas es la oración mental, y se concibe, porque un espíritu frívolo y disipado, un corazón que carece de estímulo y no experimenta consuelo alguno espiritual que lo aliente y sostenga en la lucha contra el mundo y las pasiones; un corazón dividido entre Dios y el mundo su enemigo (1), forzosamente ha de sentir repugnancia y tedio á la oración y meditación y demás actos de piedad, porque todos estos ejercicios devotos que de grado ó por fuerza estas almas desventuradas han de practicar, las sujetan y aprisionan como á esclavas con las cadenas del deber; y si bien asisten con el cuerpo, pero su imaginación, á semejanza del cuervo que Noé despidió del Arca (2), tiende el vuelo por los dilatados horizontes de la tierra para alimen-

(1) Eccli., II, 14; Joann., XVII, 9; I. Joann., V, 19; S. August., Tract. 9, in Joann.

(2) Génes., VIII, 6.